

Alberto Spagnolo / Roberto L. Esteso

**Las Malvinas:
sueños de potencia
y resistencia popular**

Propios y extraños, actores y observadores, parecen coincidir en que la aventura político-militar que inició la Junta Militar argentina el 2 de abril, con la cuota de tragedia pero también de comedia que la rodeó, marcó la culminación de una forma de existencia política y social de la Argentina contemporánea, de sus clases y sus vínculos con otros pueblos. Señaló, en fin, el fracaso del destino de potencia que las clases dominantes tenían proyectado para el país. La derrota en el Atlántico sur no alcanzó sólo a Galtieri y su pequeño círculo de poder, incluyó también a todo el plan de reordenamiento capitalista puesto en marcha en marzo de 1976. Pero, además, y como consecuencia de los efectos económicos, políticos y sociales de los seis años de dictadura del gran capital y del tipo de iniciativa, que se planteó como causa nacional, la derrota arrastró al conjunto de políticas y políticos que compartieron el sueño de "potencia" en la cruzada por las Malvinas.

Este episodio puso en evidencia en forma concentrada, ya con iniciativas, con acciones, ya con omisiones o con variados gestos y actitudes, la antagónica existencia de dos Argentinas: la burguesa, la de los de arriba, la occidental, blanca y cristiana, la "Argentina potencia", y la otra, la obrera y popular, la resistente, la Argentina solidaria con la lucha de los pueblo latinoamericanos. Por ello iniciamos el análisis con los dos grandes proyectos de "Argentina potencia" desarrollados por la burguesía en la década de los setentas; las Malvinas plasmaron confluencias definidas a partir de un diagnóstico común, de un proyecto de país compartido, en fin, de las dos Argentinas.

Si abordamos teóricamente el problema nacional es sólo con la intención de aclarar puntos de partida. No es el ángulo analítico relevante, como tampoco lo es el dato económico implícito en el conflicto. Pensar en las Malvinas y justificar la guerra desde el ángulo de los intereses económicos en la zona es hacer, por lo menos, una concesión gratuita al materialismo vulgar. El momento, los actores, las actitudes y las vías dan prioridad absoluta al ángulo de lo político.

Finalmente, evitamos las referencias para aligerar la lectura del material.

I. LOS SUEÑOS DE GRAN POTENCIA

El sueño de gran potencia capitalista fue y es parte constitutiva fundamental del discurso del poder en Argentina. Todas las tareas nacional-burguesas cumplieron con la confianza depositada en el logro de ese sueño: desde la campaña libertadora hasta la discusión entre librecambistas y proteccionistas, pasando por el programa de la llamada generación del 80; desde la liberación de territorios de manos indígenas —campaña de Roca— hasta las pretensiones autonomistas —de tercera posición— del peronismo. La última década es un ejemplo palpable y muy cercano: la "Argentina potencia" figuró como proyecto del retorno del peronismo en 1973 y aparecía como la otra cara de la moneda del esfuerzo de Perón-Gelbard en la reconstrucción de la hegemonía burguesa. Más aún, un hilo invisible del golpe de marzo de 1976 era el sentimiento de que Argentina había "perdido el tren", de que se había retrasado vergonzosamente en el concierto mundial de naciones y, en particular, en el contexto

latinoamericano. Los dos proyectos de país de la última década —el del 73 y el del 76— convocaron en el fondo a la misma tarea, la recuperación del terreno perdido y, consecuentemente, la reubicación de la Argentina en su posición de privilegio en todo el mundo.

No es posible, sin embargo, deducir de preocupaciones similares —la pérdida de posiciones del capitalismo argentino— y de objetivos iguales —la búsqueda de la "Argentina potencia"— que ambos proyectos de país fueran idénticos, ni tampoco que fueran iguales los medios para el logro de tales objetivos; la pérdida relativa de posiciones del capitalismo argentino pesó en ambos casos y se atribuyó a la incapacidad histórica del conjunto de la burguesía argentina, pero la complementaria vergüenza cristalizó en discursos y modos de acción diferentes en el plano político.

El proyecto del 73 convocaba de entrada a la unidad nacional cohesionando en forma clara lo económico (autonomía de las leyes del capital a escala mundial) con lo político (acentuación del acuerdo político interno frente al descalabro provocado por la crisis mundial) y con lo social (cierto tipo de debilitamiento de la sociedad civil sobre la base de una estructura tripartita, Estado-empresarios-burocracia sindical).

El proyecto del 76, por el contrario, hizo de la fractura y de la guerra, así como de la separación de los campos y de la limitación de los espacios, su patrón más claro de comportamiento. La unidad nacional fue, por tanto, en este caso, sólo una consigna de "complemento", aunque de importante ayuda en la consecución de los objetivos fundamentales del proyecto dictatorial, a saber: la guerra de exterminio contra la clase obrera y los sectores populares, la destrucción implícita en su propuesta económica y el intento de desarticulación del tejido social. Seguramente por la necesidad de salvaguardar esos objetivos fundamentales, potencialmente amenazados por estallidos sociales — presentes como fantasmas en la memoria burguesa—, es que se explica no sólo el gradualismo en la aplicación del proyecto, sino también la recurrencia a lo nacional como cohesionador o, en última instancia, justificador. Pero claro está, lo nacional se planteó reiteradamente como despliegue belicista y no como el pueblo lo asume en su práctica histórica.

En ese sentido el conflicto con Chile no dio resultados, ni tampoco fue motivo de regocijo para el pueblo argentino la presencia de asesores militares en El Salvador; en ninguno de los dos casos las invocaciones a lo nacional dieron cohesión al objetivo claramente desarticulador y disciplinario del proyecto en su conjunto. Las Malvinas, en cambio, sí produjeron el efecto deseado: pusieron en primer plano lo nacional para oponerlo, precisamente, a la recomposición combativa de la clase obrera y el pueblo. Lo que no pudieron conseguir interviniendo en la contrarrevolución en Centroamérica, ni disputando con Chile, o sea, la solidaridad del conjunto de las fuerzas internas, se logró con las Malvinas, por cuanto se pusieron en movimiento mecanismos emotivos e históricos decisivos en la coyuntura, tanto porque se trataba de un enfrentamiento con una potencia imperialista, y porque estábamos en presencia de derechos históricos indiscutibles, cuanto porque la dictadura fortaleció la iniciativa al precisar con mayor claridad su estrategia. Galtieri lo expresó, a su modo, en el mensaje de Pascua: "[...] transcurre uno de esos instantes en los cuales todos los problemas y diferencias de la compleja realidad cotidiana pierden trascendencia [...] importa sólo la nación porque está en juego la soberanía de la nación [...]"; de ello desprendió su pedido de apoyo y colaboración de todos los argentinos para con las madres, padres, hijos y hermanos de los soldados que se encontraban en el sur del país. Esto permite aproximarnos a la cuestión que consideramos central: la forma y oportunidad de esta iniciativa político-militar de la dictadura, inscrita en el esfuerzo por generar nuevos lazos de solidaridad y con la obvia pretensión de borrar las subsiguientes fracturas generadas por la guerra de exterminio y por la destrucción que acompañó al llamado "proceso de reorganización nacional".

Sobre los géstos políticos fundamentales del intento de reubicación del capitalismo argentino por parte del proyecto del 76, sobran palabras. La soberbia y la prepotencia de los militares se sintetizan en la turbia figura de Nicanor Costa Méndez, teórico del abandono de las "zonas grises" a nivel mundial y

mentor de la recuperación de nuestra historia "blanca y no mestiza". La vida volvió a poner las cosas en su lugar más allá de la voluntad expresa de la oligarquía y de los militares argentinos. El fracaso de la "Argentina potencia", en cualquiera de esas variantes, es el fracaso de la Argentina burguesa, de la Argentina de los militares y del capital. Preocupa ahora, como siempre, la conciencia y organización de la Argentina obrera y popular, la de los de abajo, la Argentina libre, soberana y socialista. También para ésta, lo nacional fue y será el punto de partida, pero no lo nacional que echa manto de olvido sobre "los problemas y diferencias de la compleja realidad cotidiana", sino lo nacional definido en la lucha contra el capital y el imperialismo, tareas nacionales éstas que al pueblo argentino no le son extrañas en su práctica histórica. Lo que sí le resultó extraño fue que sus opresores de siempre lo convocaran a tan insólita (por ser quienes eran sus convocantes) cruzada. En vista de que iniciada la aventura malvinense se sumó a ella un conjunto de sectores, que desde distintos ángulos y con distintas intensidades se venían oponiendo a la dictadura, lo que no podía dejar de agregar su ingrediente de confusión a esta "cuestión nacional", pretendemos primero ubicar o redimensionar las Malvinas como problema nacional.

II. LAS MALVINAS COMO PROBLEMA NACIONAL

Es por lo menos inocente ubicar la situación de las Malvinas como problema nacional sin más, sin calificativos. Si nos referimos aquí a la fundamentación de un punto de partida analítico teórico-histórico no es porque pensemos que es el punto decisivo. Lo decisivo es eminentemente político y tiene que ver con la reestructuración de la sociedad argentina y sus cauces probables. Pero también es cierto que este punto de partida arroja luz en una doble perspectiva. En primer lugar, cuestiona la pretensión —esgrimida por muchos sectores— de justificar en la razón histórica la decisión de apoyar la forma y oportunidad de la iniciativa dictatorial. En otra dirección, ilustra críticamente sobre la falacia de los argumentos según los cuales la cuestión de las Malvinas es una cuestión nacional, cuando en realidad lo sería sólo en la medida en que es una cuestión exclusivamente territorial.

Este último aspecto es importante. Lo que llamamos nación argentina es un resultado histórico del conjunto de acciones sociales de la burguesía como clase dominante. Dicha práctica implicó, como producto global, un conjunto de tareas históricas que solamente en ella encuentran su significado pleno. Así, por ejemplo, el logro de la independencia política y la constitución del Estado nacional a ella vinculada, ya sea en el sentido general de una forma de reconocimiento mutuo de los ciudadanos y de socialidad específica, ya sea en el sentido más preciso de la realización concreta de un aparato estatal definido. Asimismo, esto se relaciona con la necesaria definición de un ámbito espacial de circulación mercantil y de existencia del equivalente general, forma también, claro está, de socialidad y reconocimiento ya no sólo con el ciudadano sino también con el mundo de los productores. Estas tareas generales encierran significaciones de tareas históricas diversas, tales como el estatuto histórico particular de la moneda, la reglamentación de aduanas, las leyes específicas de penalización y progreso para el movimiento del capital, etcétera. El derecho, en cuanto ordenamiento que señala violaciones a la ley —lo civil— y las castiga —lo penal—, se constituye en la forma fundamental de la operatividad del poder y de la estructuración del nuevo orden ya que, al localizar sus afueras, se definen y precisan sus adentros. La constitución del ejército, de las fuerzas armadas profesionales, remata la organicidad del aparato estatal añadiendo la coerción necesaria a tal estructuración del nuevo orden. En síntesis, queda formulada una duda: ¿en qué sentido "las Malvinas inglesas" pusieron trabas a la consolidación del nuevo orden, del orden burgués de existencia social de los hombres? O mejor, ¿en qué sentido las Malvinas constituyen una reivindicación nacional? Desde nuestro punto de vista, la situación es clara: constituyen una reivindicación nacional en tanto se trata de una reivindicación exclusivamente

territorial y no, obviamente, porque traban la constitución de la nación argentina como sujeto político soberano e independiente en el contexto mundial de naciones. Este argumento sirve para fundamentar una posición: la cuestión de las Malvinas como problema histórico nacional, territorial sólo puede asumirse desde el ángulo de la única transformación social posible en la Argentina —la revolución socialista— y desde la óptica del sujeto histórico-político de dicha transformación, la clase obrera. Fuera de esa perspectiva, sólo puede asumirse con un propósito diferente, en función de otra imagen de lo nacional.

A pesar de ello, subsiste una preocupación vinculada con la concreción política de dicha fundamentación histórica general. En ese sentido es que son criticables afirmaciones como las de Deolindo Bittel, vicepresidente del Partido Justicia-lista, no muy distintas de las de otros dirigentes políticos y sindicales, cuando sostiene que

[...] postergamos nuestras justas reclamaciones porque sabemos que el ser o no ser de la República está en juego y esto no significa una claudicación, esto significa comprender que el destino del país está en nuestras manos y que el problema argentino lo arreglamos todos o no lo arregla nadie [...]

Creemos, por el contrario, que la lucha por la democracia, que incluye la lucha por la aparición de los detenidos-desaparecidos y por la revisión de la actuación de la Junta Militar, o la lucha por gestar una nueva unidad social de la clase obrera, o la disputa por defender la independencia política de la misma frente a la dictadura, son prioridades eminentemente nacionales. ¿O no es acaso también una tarea nacional, por ejemplo, la rendición de cuentas por la destrucción del aparato productivo de la economía argentina, la rendición de cuentas por la corrupción, la especulación la tortura? Si lo son, sin lugar a dudas, pero lo son sólo si se asume el punto de vista de la Argentina obrera y popular de la Argentina resistente e intransigente. No lo son, claro está, si se defiende el acuerdo social burgués, si se asume el punto de vista de la Argentina del gran capital y los monopolios, la "Argentina potencia". La opción fue y sigue siendo irrenunciable.

III. LOS PRIMEROS ACONTECIMIENTOS Y LAS OPCIONES ABIERTAS

Dos hechos reflejaban claramente el signo de los tiempos. El 30 de marzo, en acción de protesta convocada por la CGT, la clase obrera y el pueblo ganaron la calle a pesar del dispositivo de seguridad montado por la dictadura militar: 1 500 efectivos según información oficial. Los titulares de los periódicos reflejaban la situación: "vuelven los tumultos urbanos como hacía siete años no se veían", mientras que el saldo de los acontecimientos también sorprendía: mil detenidos, varios heridos y un muerto en la provincia de Mendoza.

Por otro lado, el viernes 2 de abril la población se enteraba del hábil golpe militar y diplomático de la dictadura intitulado "las Malvinas son argentinas". Dos hechos y dos iniciativas políticas que ponían en el tapete los términos de una vieja discusión en el campo democrático y revolucionario sobre los vínculos entre lo nacional y lo social, entre ciertas tareas antimperialistas y socialistas.

El contraste de ambos acontecimientos y su proximidad temporal, lo mismo que las circunstancias de que no fueran imprevisibles, aunado al profundo cambio de referentes políticos —nacionales e internacionales—, politizó bruscamente a la sociedad e introdujo —antes o después— nuevos juegos y enfrentamientos en los discursos de los actores sociales y políticos del país.

El martes 29 de marzo, luego de numerosas discusiones y titubeos, motivados por la presión dictatorial para postergar los reclamos "internos o sectoriales", el Consejo Directivo de la CGT

comunicaba a la población la realización de la jornada de protesta, insistiendo en que "decidió no subordinar su rol a la sola defensa de la soberanía territorial sino que exige el derecho soberano a aspirar a una vida digna", reiterando su inquebrantable decisión de "ejercer el derecho de peticionar". Galtieri, por su parte, insistía vehementemente el 2 de abril en que "el paso que acabamos de dar se ha decidido sin tener en cuenta cálculo político alguno", a pesar de lo cual la dictadura formulaba una clara convocatoria nacional y sin discriminaciones; decía que

[...] ha sido pensado en nombre de todos los argentinos, sin distinción de banderías o sectores y con la mente puesta en todos los gobiernos, instituciones y personas que en el pasado, sin excepciones y a través de 150 años, han luchado por la reivindicación de nuestros derechos.

Concluía, además que "ya el país entero vive el alborozo de una nueva gesta y se apresta a defender lo que le es propio, sin reparar en sacrificios, que es posible debamos realizar o en problemas sectoriales, que por comprensibles que sean jamás podrán anteponerse al supremo interés nacional".

La Multipartidaria, mientras tanto, "respaldaba plenamente" la iniciativa dictatorial, pero originalmente insistía en reservas importantes: el momento elegido, el reclamo por el restablecimiento democrático, la profunda crisis económica sobre la cual el conflicto tendía a operar en sentido negativo y reiteraba, al mismo tiempo, el cuestionamiento al ministro Alemann y su orientación programática.

Existían, sin embargo, datos importantes que marcaban cortes y nuevas situaciones en los partidos tradicionales. El Partido Intransigente (PI) mantuvo cierta independencia y cuestionó la representación internacional de la dictadura que el resto de los partidos multipartidarios asumió. El expresidente Arturo Frondizi, defensor de la confluencia cívico-militar, planteó interrogantes, siempre en el contexto del apoyo sin condiciones a la aventura militar, pero señalando claramente el contrapeso de la defensa de la soberanía territorial en un programa económico y social claramente desnacionalizador. Apostaba, con ello, a la discusión de la Argentina posMalvinas.

Por su lado, Las Madres de Plaza de Mayo, símbolo permanente de la resistencia civil argentina, no claudicaron en su presencia frente a la casa de gobierno en reclamo por los muertos y los detenidos-desaparecidos. La Asociación de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por razones políticas argumentó que "ni nosotros ni la población democrática admitiremos treguas", señalando asimismo que la soberanía no se agota en doce mil kilómetros cuadrados de territorio, asimismo criticó irónicamente la decisión dictatorial de respetar los derechos de los ingleses habitantes de las Malvinas mientras viola sistemáticamente todos los derechos del pueblo argentino y señaló la incongruencia de la represión violenta que había ejercido pocos días antes sobre una marcha de protesta obrera y popular.

Numerosos políticos, de distintos partidos, iniciaron giras internacionales, con la aprobación del nucleamiento multipartidario y con el objetivo expreso de "combatir la campaña confusionista" de Gran Bretaña. Las consignas, con diferencias de matices según los interlocutores, pueden ser reducidas a una sola: la unidad de hoy de la nación argentina en torno al conflicto de las Malvinas, debe prolongarse en la normalidad institucional.

Lo decíamos en un comienzo: dos hechos, dos Argentinas; dos hechos, nuevas excitativas y tonos en los discursos y en las prácticas de los agentes sociales y políticos; en síntesis, dos hechos y la necesidad imperiosa de optar por una de las Argentinas en debate que comenzaban a tornarse nítidas

IV. EL PRETEXTO PARA UNA CONVOCATORIA NECESARIA

La convocatoria necesaria desde el punto de vista de la legitimidad y el consenso tanto para el "proceso" y cuanto para el régimen militar. La ofensiva económica y política de Videla-Martínez de Hoz, coherencia en su formulación global, no desde el aspecto "técnico", sino en su significado de

destrucción y aniquilamiento, cumplió parcialmente sus objetivos, provocando un creciente descontento social que influyó decisivamente en la incoherencia y la confusión que caracterizó a la etapa Viola-Sigaut; en esa nueva etapa la lógica de destrucción-reconstrucción en el contexto del vínculo economía-política perdió la coherencia de la formulación inicial y el tiempo transcurrió en dos carriles: por arriba, confusión de los dirigentes y recomposición, por abajo, de la presión antidictatorial. Galtieri-Alemann representaban, en su momento de origen, el esfuerzo de la dictadura por encauzar nuevamente las pautas del "proceso" y por recuperar la iniciativa desdibujada en el cortoplacismo de Viola-Sigaut. Economía y política son objeto, en el discurso oficial, de un nuevo tratamiento. Apertura política controlada, pero con iniciativa dictatorial y profundización del programa económico, que retorna a la dureza originaria. La contradicción era evidente y no tardó en estallar; comenzó a resolverse en favor de la política. Las Malvinas y la aventura militar no fueron más que expresión de este proceso contradictorio de retorno a las pautas originarias del proyecto del gran capital. Claro, una cosa es la intencionalidad política y otra, muy distinta, el curso de los acontecimientos.

El triunfo en la "guerra sucia", la recuperación de las Malvinas y las bases para un acuerdo cívico-militar que limara progresivamente las diferencias en el seno de la clase dominante eran suficientes "méritos" históricos para un ejército que llegó al poder con el anuncio de una reorganización y de la economía de producción y estaba conduciendo al país a una verdadera destrucción con un auge especulativo sin precedentes en la historia argentina. Era tiempo de convocar y de institucionalizar las responsabilidades del conjunto de la burguesía argentina.

Así, se puso de manifiesto la disposición de la dictadura militar de apuntalar cierto juego político. No era una simple apertura en donde la dictadura se reservaba sólo el derecho de fijar normas de actividad a los partidos o a preparar el terreno de una contienda electoral, de la cual estaría ausente. El episodio de las Malvinas, desde este punto de vista, era continuidad del asado de Victorica, en donde se congregaron numerosos sectores políticos adictos al régimen militar. Ambos episodios mostraban la disposición dictatorial de entrar al riesgoso terreno de la política, no con la actitud de invitar a los demás a que la practiquen, sino con la intención de conservar la iniciativa o, por lo menos, de disputarla.

Esta politización preocupó incluso a numerosos sectores afines al régimen. Las preocupaciones giraban en torno a la movilización de masas posterior a la aventura, en particular la del sábado 10 de abril, que anuncia una creciente independencia del pueblo frente a la iniciativa de la dictadura. Iglesias Rouco, periodista de *La Prensa* y entusiasta defensor del régimen y de la toma militar de las islas, calificó la movilización como "uno de los errores más graves cometidos desde que se inició el conflicto". El *Buenos Aires Herald* no fue menos preciso: "en las democracias generalmente se mira con temor y repugnancia a las multitudes reunidas por razones políticas". Un banquero extranjero, entrevistado por *Ámbito Financiero*, expresó preocupaciones similares al afirmar que "Argentina no tiene que recurrir a golpes bajos como ése de llenar una plaza que ni interna ni internacionalmente representa nada". Todas eran coincidentes en su esencia: las Malvinas son argentinas pero las movilizaciones no; la presencia de las masas debe separarse de la reivindicación territorial, porque la empaña y la desvirtúa. La política solamente es para los de arriba y que los de abajo se enteren por la prensa de las noticias, es decir, defiendan la iniciativa política de la dictadura, pero sin convocatoria y sin apuesta. Estos sectores coincidían en que el camino que se iniciaba no tenía retorno y que, si lo tuviera, sería demasiado el costo resultante. Eran conscientes de los riesgos.

La oposición burguesa, debilitada por la ofensiva del gran capital e incapaz de ofrecer alternativas válidas al conjunto de la sociedad, apreció en las Malvinas el salvavidas necesario para hacer respetar su voz y convalidar su presencia. Los de arriba, con el temor de siempre —la acción contestataria obrera y popular— apesuraban la conformación de un espacio para saldar las diferencias. La convocatoria, en síntesis, ponía en juego varias cuestiones: la salvaguarda del honor del ejército y su

salida airosa, la debilidad de la oposición burguesa, el intento de institucionalizar la hegemonía del capital financiero y la postergación, en aras de la unidad nacional, de la recomposición del campo obrero y popular.

La CGT, reconstruida bajo la hegemonía del sindicalismo peronista, vacilaba entre el descontento generalizado de la clase obrera y del pueblo y la convocatoria dictatorial. La dirección vacilante finalmente convocó a la movilización del 30 de marzo y poco después asumió la representación internacional de la dictadura, defendiendo por el mundo la "justeza" de la reivindicación territorial. La situación también aquí presenta datos interesantes; se pone en juego el papel histórico que ha desempeñado la burocracia sindical pendularmente —entre las aspiraciones obreras y la oposición burguesa— y reaparece el mismo papel histórico del peronismo como razón de autoconciencia y de identificación social de la clase obrera y de la oposición frente a la oligarquía y al imperialismo. Pero al mismo tiempo, disminuyen las posibilidades del juego pendular: la Argentina intransigente, acorralada por la memoria histórica y las dificultades coyunturales, achica los espacios intermedios y las posibilidades de juegos pendulares, se enfrenta a la reconstrucción burguesa y exige definiciones. No hay medias tintas en un país destruido.

Por otro lado, más allá de la excitación patrioterica con que la dictadura pretendió abanderar su iniciativa política, las masas que se manifestaron (viernes 2, sábado 10 y lunes 26 de abril) progresivamente comenzaron a recuperar cierta continuidad en su práctica social, al igual que en el tránsito dictatorial de Victorica a las Malvinas. La confusión del primer saludo a Galtieri —que salió al balcón de la Casa Rosada— en la manifestación del viernes 2, organizada por la propia dictadura con un despliegue propagandístico enorme, se transformó en identificación más precisa en la del sábado 10 de abril, a pesar de que también contaba con el aval dictatorial en su organización. En ésta, los de arriba cantaban el himno nacional y los de abajo la marcha peronista, junto a los carteles de obreros desempleados. Puede esto tener diversas interpretaciones, vinculadas a las distintas evaluaciones políticas del peronismo. Desde nuestro punto de vista expresa una cuestión clave: la autoconciencia y autoidentificación de la clase obrera y el pueblo argentino, convencidos de que los de arriba, los que se balconeaban, no podían recurrir al mismo gesto de identidad, no podían acoplarse al coro por principio. Como si, en medio de la confusión, se manifestara: estamos en lo mismo pero no somos lo mismo. Los de arriba bregaban por la unidad nacional de la Argentina burguesa, los de abajo recurrían a su propia experiencia histórica para señalar sus diferencias. La continuidad entre la movilización antidictatorial del 30 de marzo y la presencia objetivamente antimperialista y antidictatorial del 10 de abril es la obvia. La del lunes 26 representó la última movilización importante de la primera fase del conflicto y la última durante el mismo. Las cosas al rojo vivo: "Galtieri, Galtieri, prestá mucha atención, las Malvinas argentinas pero el pueblo es de Perón"; otra, "Levadura, levadura, luchar por las Malvinas y contra la dictadura". La tonalidad de la participación de las masas marcaba, lenta pero paulatinamente, el primero de los peligros importantes de la aventura militar. Masas en la calle, masas exigiendo, masas antimperialistas pero también antidictatoriales. Masas que volverán a aparecer al finalizar el conflicto con la consigna "queremos paz", en ocasión de la visita del Papa, y lo volverán a hacer, pocos días después, en la manifestación espontánea —a pesar de los entredichos oficiales sobre la convocatoria— el martes 15 de junio en la Plaza de Mayo. Evidentemente, no es posible captar el estado de ánimo de las masas sin estar en el país, como difícil es otorgar significado preciso a los silencios de importantes sectores —sobre todo de provincias—, pero lo que aparece como politización a lo largo del conflicto creemos que permite reconstruir un tránsito: confusión y progresiva diferenciación antidictatorial —ausencia política de masas—, reaparición pidiendo paz y, de modo confuso, una rendición de cuentas a la dictadura. Es esto, al menos, lo que tiende a mostrarse en la apariencia de los acontecimientos y en el movimiento de las masas y sus consignas. La ausencia, actitud dominante desde el 26 de abril hasta la visita del Papa, tiene que ver no sólo con la agudización del control dictatorial* ante el temor de que la

politización llegara lejos, sino también con el progresivo convencimiento del pueblo de que esta guerra —momento político, dirección y objetivos— nada tienen que ver con sus intereses. Todo que perder y nada que ganar en el carro de la aventura de los militares, sus "teóricos" y sus apoyos políticos.

V. LA ORTODOXIA MONETARIA AL CALOR DE LAS MALVINAS

Con Alemann retornaba, diríamos el rígido discurso de la ortodoxia monetaria. Nuevos bríos acompañados de críticas al pragmatismo prevaleciente en el periodo de

* La dictadura afirmaba, en un comunicado del 27 de abril, que "pasado el momento de natural euforia es necesario retornar al tiempo del trabajo y del esfuerzo". Solicitaba, al mismo tiempo, "labor y colaboración" de los trabajadores, "prudencia y comprensión" de los empresarios y "grandeza y solidaridad" de la dirigencia política. Se abría, asimismo, la desinformación total de la población, al ordenar la Junta Militar que toda noticia o informe procedente del exterior, cualquiera fuera su procedencia y el medio utilizado, quedaba sujeta al control del Estado Mayor Conjunto, con pena de cárcel a quien transgrediera la disposición.

Martínez de Hoz. Se preveía un nuevo impulso y reorientación del proyecto destructor, extraviado en el periodo Viola-Sigaut. El plan cayó en el lecho de Epicuro de las Malvinas; poco a poco la política invadió la racionalidad destructora y privatizadora. La "unidad nacional" frente a la agresión imperial, sea económica, política o militar, comenzó a incidir en la ejecución del proyecto, en sus ritmos y en su lógica misma. El fantasma del "dirigismo", propiciado por la economía de guerra, comenzó a recorrer el país, y la política y los acuerdos debilitaban progresivamente al ministro de economía Alemann. Cuestionado firmemente por la oposición política, su programa fue negado por las necesidades de la nueva situación planteada. El acuerdo social implícito de la Argentina burguesa encontraba en 61 un obstáculo importante; la lógica de la economía debía subordinarse a la lógica de la política. El esfuerzo dictatorial por reconstruir el frente político interno no podía diluirse en altas tasas de interés, en negativa a la promoción de exportaciones o en dureza en el manejo del crédito y la moneda. Política y economía no podían transitar por andariveles tan contradictorios.

En diciembre y con Galtieri volvía la austeridad. Una nueva ofensiva del capital financiero: desregular, des-estatizar, des-inflacionar. Galtieri anunciaba la fijación de plazos: 120 días para la privatización definitiva y 60 para un programa de eliminación de organismos oficiales prescindibles. La Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL) culminaba la redacción de una ley de reforma a la de Entidades Financieras, con la cual se perseguía favorecer el sistema en su conjunto, a través de la disminución de las trabas e impedimentos para las absorciones, fusiones y ventas de las entidades. Tal reforma se aprueba a mediados de enero en la perspectiva de afianzar la ofensiva del capital financiero, con el favorecimiento del proceso de centralización de entidades. No era eso todo; el presupuesto para 1982 anunciaba la reducción del déficit a 1.93% del Producto y una severa contracción de los gastos, al mismo tiempo que se discutía aceleradamente la des-regulación del seguro, del tránsito fluvial y de la comercialización de los productos farmacéuticos. La ofensiva daba para más; a mediados de marzo se anunciaba una nueva reforma arancelaria para el segundo semestre, adelantándose la previsión del mismo Alemann, que consideraba el tema para 1983. Hasta Fabricaciones Militares, feudo de los "señores de la guerra", se disponía a ser privatizada. Se discutía el caso de la petroquímica General Mosconi y Río Tercero, como así también Atanor, Hispasa y el polo petroquímico de Bahía Blanca, desde el punto de vista del desprendimiento de ciertos paquetes accionarios. Circulaba también, en medios oficiales, el proyecto de reforma: de la banca oficial, bajo el pretexto de su competencia con la banca privada en condiciones ventajosas y, en la misma medida, impedir que se transformara en una

carga pública. El objetivo era claro: eliminar 36 bancos oficiales que concentraban 1 912 sucursales (40.87% del total de las casas del sistema financiero) y captaban el 44.06% del total del sistema. Un golpe decisivo. El viernes 26 de marzo Alsogaray proponía un plan de reactivación y redimensionamiento del aparato del Estado, en el entendido que el país vivía un "instante crucial", similar "al que presentó después de Caseros cuando hubo que definir el tipo de sociedad que se quería optar". No hace falta insistir en que también estaba en danza, en aquel entonces, la famosa ley del hidrocarburos, que proyectaba la denominada "privatización del subsuelo". En síntesis, un retorno vigoroso y decidido de la ofensiva del capital financiero, en la perspectiva de ciertos "toques finales" para la construcción de un país a imagen y semejanza del mundo del dinero y su poder.

Pero una cosa es el discurso y la ofensiva en ejecución y otra, muy distinta, la situación real del país. La profundización de la crisis era inevitable, en un marco caracterizado por quiebras cuantiosas, convocatorias, elevadas tasas de interés y situación de paro generalizado. Renault anuncia la suspensión de cuatro mil operarios y Ford Motor hace lo propio, con la diferencia de que cesantea a tres mil. Suspensiones de personal con pagos por mitades y 25% a reembolsar por días trabajados es cuestión cotidiana. Sólo se vendieron 366 tractores en el primer bimestre, contra 3 100 en 1981 y 22 000 en 1977. Las ventas de productos gráficos cayeron un 20%, con una capacidad ociosa del 50%. La venta de automotores en marzo fue de 7 473 unidades, 7.3% menos que en febrero y 63% menos que en igual mes del año anterior. Uno de los pocos sectores de la producción que mostraba cierta estabilidad en el crecimiento fue la siderurgia, mostrando tasas evolutivas favorables de un 10 y un 25% según los subproductos, en razón de que más del 50% de dicha producción es exportable. Se venía de un año desastroso; en 1981 la industria descendió en 16% y lo mismo sucedió con las construcciones y servicios en 6 y 3.9%, respectivamente. Sólo la agricultura había manifestado tasas de crecimiento positivas: un 3.1%. Las importaciones en el periodo de referencia se habían contraído en 16.3% y la inversión en equipo durable de producción caía en 32.1%. En síntesis, todos los indicadores económicos, salvo contadas excepciones, eran negativos. Un verdadero milagro, pero al revés. Las exportaciones, a pesar de crecer en un 10.69%, no pudieron, evidentemente, compensar el profundo deterioro de la economía.

Sólo hechos aislados enturbiaban esta orgía del capital financiero. Uno, las declaraciones de Galtieri, en ocasión de una entrevista con un dirigente político, cuando afirmó que la ley de entidades financieras, pieza clave de la ofensiva desde mediados de 1977, "sólo ha traído usura y especulación y creo que deberíamos reformarla, pero no es el momento porque se produciría un 'crack' financiero y eso no le conviene a nadie en estos momentos". Una evidente sorpresa; así fue recibida la información en los medios periodísticos. El segundo, ciertas disputas en torno a la licitación y/o liquidación de Austral Líneas Aéreas, plantadas entre el ministro de Economía, dispuesto a "vender como sea", y la Fuerza Aérea, que insistía en "no vender como sea". El brigadier Lami Dozo, además, en reunión de los altos mandos del arma, insistió en que la Fuerza Aérea "no se ata a ninguna escuela económica, por más prestigiosa que sea". Un evidente conflicto si tomamos en cuenta que Economía había reservado para sí el manejo del proceso de privatización. El viernes 26 de marzo, asimismo, Alemann y Porcile, Economía y Trabajo respectivamente, anuncian un impuesto que tiende a gravar los activos financieros de las personas físicas por una única vez y retroactivamente al 31 de diciembre (finalmente, fue aprobada el 7 de junio). Las críticas a este anuncio no se hicieron esperar; los cuestionamientos tenían que ver con la desconfianza de los inversores y la violación a la universalidad del presupuesto, ya que el impuesto se utilizaría para financiar un incremento salarial a los empleados públicos, desde el 1.º de julio. En general, el capital financiero se sentía afectado, golpeado por una ley que atentaba contra la ofensiva y generaba precedentes peligroso.

La aventura militar en las Malvinas abrió un nuevo y decisivo espacio de enfrentamientos. En toda la primera fase del conflicto Alemann señalaba que las medidas asumidas eran estrictamente defensivas y

de respuesta puntual y restringida a las asumidas por Gran Bretaña y la CEE. No implicaban un claro retroceso del programa, pero sí trastornos y contradicciones. Las sanciones de la CEE, de Gran Bretaña y de Estados Unidos atentaban contra la lógica "libertaria" capitalista de Alemann y su proyecto. Los efectos fueron diferentes siempre en el marco estrictamente coyuntural. La CIE es la segunda compradora después de la URSS y siguen, después de ella, América Latina y Estados Unidos. A la primera le corresponde el 27.1% del total de las exportaciones argentinas y, de acuerdo a la composición, más del 60% de los productos exportados son manufacturados de origen agropecuario e industrial. Carnes, frutas, textiles y alimentación, oleaginosas y derivados fueron los sectores inmediatamente más perjudicados, pero la triangulación comercial y los nuevos mercados (China, Checoslovaquia, Irán, Alemania Democrática y diversos países de África), sumado a las medidas de apoyo dictadas por el Pacto Andino, permitieron paliar la situación. El papel de la URSS como comprador de cereales y granos tiende a consolidarse, sobre todo si se toma en cuenta su nuevo fracaso agrario. Estados Unidos, solidario con el gobierno de los conservadores británicos, dictó medidas de represalia de dudosa efectividad en el terreno práctico-coyuntural. Las tres medidas anunciadas —suspensión de exportaciones militares, suspensión de créditos y avales del Eximbank y supresión de facilidades para exportaciones agrarias— no alteraban sustancialmente la posición argentina. En el ámbito específico de la circulación de capitales, las medidas británicas no alcanzaron la rudeza de las dispuestas, tiempo atrás, por Estados Unidos contra Irán. Temeroso de afectar a Londres como plaza financiera internacional, el gobierno conservador decreta la no extraterritorialidad en las sanciones por parte del Banco de Inglaterra. Las respuestas de Argentina no fueron, de ningún modo, más allá. En un todo de acuerdo con la filosofía de las respuestas puntuales de su ministro-banquero. Se suspendieron las importaciones de Gran Bretaña, Australia y los países de la CEE bajo el régimen de licencia previa y se eliminaron, posteriormente, los certificados de declaración jurada de importación emitidos hasta el 27 de abril, salvo para las mercancías negociadas en el seno de la ALADI [Asociación Latinoamericana de Integración].

En el plano interno, todas las medidas asumidas tuvieron que ver con la necesidad de "ablandar" el mercado monetario, seriamente afectado con el retiro de fondos y depósitos que incidían sobre la tendencia alcista de las tasas de interés, en medio de una situación global de creciente liquidez. Esta profundización espontánea de la crisis obligó a las autoridades a abandonar la pasividad que los había caracterizado, algo así como esperar que pasara la pesadilla con el menor costo posible. Todo se redujo al manejo de los efectivos mínimos, a la ampliación de los márgenes de redescuento permitido, al abaratamiento del costo de asistencia por la pérdida de los depósitos, al control de pagos al exterior en concepto de regalías, a restricciones sobre repatriación de inversiones, dividendos, etcétera. En esta primera fase, la actitud del banquero-ministro fue cautelosa a la espera de novedades bélicas y de posiciones políticas más definidas en el convulsionado panorama argentino. Ciertas voces se alzaron en este periodo exigiendo de Alemann gestos políticos que permitieran acompañar, en la medida de lo posible, el nuevo curso de los acontecimientos derivados de la aventura militar. Temían la politización definitiva del programa económico y, con ello, la pérdida de la posición hegemónica del gran capital y de las finanzas.

En segunda fase el curso de los acontecimientos provoca medidas más globales (programa del 5 de mayo), aunque siempre en un contexto de "acompañamiento" puntual del proceso. Nuevos conflictos se abren. El 5 de mayo el Ministro de Economía anuncia un programa de emergencia para "contribuir en el frente económico al triunfo de nuestras armas en el frente militar y al éxito de nuestra diplomacia en el frente internacional". Las medidas, en realidad, tienen varios significados. En primer lugar, son un anticipo para el sector social que cargará con los costos de la guerra, en la medida en que se señalan nuevas cargas impositivas al consumo de gasolina, cigarrillos y licores. En segundo lugar, abre un espacio de discrecionalidad —anteposición de lo político— para ciertas decisiones que tenían que ver

con la dinámica económica (el Banco Central decide a quién otorga redescuento y a quién no y el Ministro de Economía se reserva el derecho de resolver sobre pagos al exterior). Finalmente, coloca un argumento irritante: limitación de crecimiento a los bancos extranjeros (también incluye a los oficiales) a partir de la reducción de la garantía oficial de los depósitos y para no perjudicar a la banca privada nacional, "sin la garantía de los bancos oficiales ni la solvencia de los bancos extranjeros". Esta última disposición, de hecho, significaba una violación flagrante a la ley de entidades financieras. El paquete de medidas incluía una devaluación del 17% y un impuesto único a las posesiones en moneda extranjera de bancos y casas de cambio, así como un reembolso a las exportaciones del orden del 14% y una rebaja a los aranceles de importación, con el objeto explícito de reducir costos internos.

La situación de guerra, característica de esta segunda fase, obligó a nuevos cursos pragmáticos de la conducción económica. Se abría un espacio creciente de indefinición sobre la perspectiva del proyecto mismo. La evaluación de esta fase se completa, en relación a los temores del capital financiero, con tres hechos relevantes. El primero, algunos fallos judiciales —entre ellos la libertad del banquero Luis Oddone, detenido desde la crisis financiera de marzo de 1980— tienden a definir cambios en el poder judicial, que se enfrenta a la racionalidad del proyecto destructor. El segundo, un documento crítico de la Unión Industrial Argentina (UTA) —agrupamiento principal de los industriales— que cuestiona severamente la gestión de Alemann, pero sobre todo critica la ley de Entidades Financieras, en el mismo sentido que la afirmación citada de Galtieri, como fuente de usura y especulación. El último, la postergación de las privatizaciones que, aunque decidida por obvios motivos, agudiza el enfrentamiento entre la cúpula militar y el capital financiero. Estos aspectos, que pueden aparecer como simples escaramuzas aisladas, se sistematizan en un documento oficial publicado por el Ministerio de Economía aparecido el 14 de mayo, en donde expresamente se exige "decisión política" para garantizar la viabilidad del proyecto. En él se expresa que

en la medida en que toda la economía está permeada de incertidumbre respecto al mantenimiento de reglas actuales e instituye que "decisiones políticas" posteriores permitirán solucionar las dificultades de todos los sectores sin necesidad de introducir hoy cambios dolorosos, es casi imposible lograr un clima de inversión.

El capital financiero tomaba nota de un embate contra el programa. Las pequeñas diferencias se extendían y profundizaban al calor de las Malvinas.

VI. EL DESCONCIERTO DEL "PARTIDO MILITAR"

El rigor de la ofensiva burguesa, la prepotencia y la soberbia del "partido militar" pasaban progresivamente a la historia. "Soy un presidente distinto" repetía insistentemente Galtieri ante ciertos sectores de la burocracia sindical peronista, los nucleados en la llamada CGT-Azopardo, negociadora y decididamente participacionista. Lo mismo aseguraba ante una delegación de la VIA: "Si tuviera que remitirme a mi discurso del pasado 23 de diciembre, hoy tengo que introducir los cambios convenientes a la política exterior, económica y social definidas en esa oportunidad". Aquel dictador que el 23 de diciembre había dicho que venía a restaurar el principio de autoridad, insistía ahora en que "es necesario repensar el país con la participación de todos los sectores". Aquel que había dicho que "ningún sector, interés o persona —dentro o fuera de poder— podrá torcer nuestro rumbo y nuestra definida línea de conducta", pretendía dar una consistencia más definida al acuerdo social y a la convocatoria, poniendo todo en discusión y reconsideración. A pesar de ello nunca asumió una práctica definida en ese sentido, acorde con sus palabras y los vuelcos de su posición; estaba siempre presente la Argentina posterior, la de las discusiones, la de la negociación y no se podía llegar allí, a ese punto

culminante, sin tener nada que negociar, que transar. La indefinición militar del conflicto alentaba siempre la esperanza de que el frente militar no tuviere el signo de la derrota total y guardaba la posibilidad de la exclusividad del triunfo o, por lo menos, pequeños méritos sin derrota vergonzosa. Pero una cosa era totalmente cierta: la intencionalidad política de la dictadura en la aventura malvinense —ejército victorioso y capacidad de negociación en la Argentina reconstruida a la manera burguesa— pisaba el terreno de la derrota y el callejón sin salida. Lami Dozo marcaba más claramente sus diferencias con Economía, feudo de banqueros y grandes capitalistas; ante el curso irreversible de los acontecimientos insistía en que "un país para ser un país con mayúscula necesita tener una infraestructura productiva porque en caso contrario tiene una dependencia muy grande de terceros países", señalando además que "si en el mundo cada vez más se cierran las puertas para que Argentina puede llegar con sus productos, mal podemos abrir totalmente nuestras puertas para que entren productos de cualquier parte del mundo". Una mirada rápida sobre el país destruido nos señala los destinatarios del discurso de Lami Dozo, aquellos que, según veíamos, el 2 de abril de 1976 prometieron una economía de producción (Martínez de Hoz) y dejaban un país entero girando alrededor de la usura y la especulación. Todo lo contrario, al igual que con las Malvinas: la intencionalidad original naufragaba en medio de un fracaso rotundo.

La síntesis, en alguna medida, del reconocimiento implícito del fracaso y de los temores generados por los resultados de la aventura y, sobre todo, la síntesis del desconcierto, se expresa en la persona de Costa Méndez, quien en La Habana, frente al mundo no alineado, tuvo que referirse a las gestas anticolonialistas de Vietnam, Argelia, India y tuvo que reivindicar la lucha del pueblo palestino. Pero también en esta fase de desenlace, apareció en escena negando reiteradamente las versiones sobre su renuncia y, no pudiendo permanecer inmutable frente al curso doloroso de los acontecimientos, declaró: "si el panorama lo miran desde el liberalismo a ultranza van a decir que tenemos en vigencia un plan dirigista pero si lo miran los estatistas van a decir que tenemos un programa liberal". Se asumía como a mitad de camino, construía una visión que combinaba su liberal punto de partida con las nuevas circunstancias que se estaban viviendo. Era ya, él mismo, un producto híbrido, entre su cuna liberal y las impurezas de la vida.

La oposición burguesa, sólo símbolo de la impotencia. Ni un paso de distancia a pesar del fracaso previsible. Débil, desarticulada, atomizada, terminó en el mismo barco de la aventura, asumiendo similar compromiso: limar aristas, postergar diferencias en la búsqueda de una salida económica, política y social para la Argentina burguesa, la Argentina de los de arriba. Ésta y sus actores hablaban, provocaban gestos, buscaban reacciones. Caffiero aclaraba, ante las expectativas sobre la transición, que no era cierto que "la alternativa al liberalismo sea el estatismo, el populismo o el socialismo", al mismo tiempo que ratificaba que el peronismo "no está contra la economía de mercado". Sobre las impurezas introducidas por Alemann en su proyecto tuvo un gesto; afirmó que, "el cambio de política dispuesto por el equipo económico es correcto y se endereza hacia las requisitorias propias del momento excepcional que se vive". Se tiraban líneas, se buscaban interlocutores, se hacía buena letra. En suma, también la oposición burguesa más híbrida que nunca.

En la dirección burocrática del movimiento obrero las posiciones no evolucionaban mejor. CGT-Azopardo y CGT-Brasil, los dos nucleamientos en los que ya se había dividido el sindicalismo peronista, tampoco tomaron, en definitiva, distancia de la aventura. La CGT-Brasil, nucleamiento más combativo, trató de marcar distancia, pero la profundización del enfrentamiento militar no dejó espacio y tuvo que acentuar el compromiso con la dictadura. En realidad se estaban jugando la misma carta política que habían utilizado en los seis años de dictadura, consistente en profundizar la ruptura entre el régimen y el capital financiero. Así es como en repetidas oportunidades exigieron una radicalidad mayor de la conducción económica frente al conflicto (incluso propusieron una investigación de los préstamos que el Banco de la Nación otorgó al Banco de Londres durante el mismo). La intención era

clara: demostrar que los que no estaban con la "unidad nacional" eran los del ministerio de Economía.

Mientras tanto, la Argentina intransigente y resistente había entrado en un profundo silencio; esa Argentina secreta escuchaba los cantos de victoria de Menéndez, de Galtieri y el optimismo general del "coro" de acompañantes. Totalmente desinformada, vapuleada por el clamor patriótico de militares y civiles cómplices, atravesada por su memoria histórica, sus miserables condiciones de existencia social y por su desconfianza en los militares, reapareció en dos palabras: ¡Queremos paz! Dos millones de personas, concentradas por la visita del Papa, pidieron paz. Es la misma Argentina que empezó a dibujarse el lunes 26 de abril, cuando coreaba la consigna "Malvinas sí, proceso no", en clara alusión al proyecto dictatorial y sus resultados. Una Argentina que lentamente reaccionaba. La de la rendición de cuentas.

VII. LOS EFECTOS INMEDIATOS

El episodio de las Malvinas precipitó conflictos y aceleró enfrentamientos, tuvo profundas consecuencias internas e internacionales, rompió tiempos y expectativas. Asimismo, se cruza, claramente, con el proceso de reorganización mundial. Pero, sobre todo, como apuntábamos, vuelve a poner en escena un viejo dato de la historia argentina de la posguerra, la dualidad del país burgués y el país obrero y popular, la Argentina de los de arriba y la de los de abajo. Claro está con nuevos gestos, con mayor experiencia y con nuevas pasiones. Éste es, desde nuestro punto de vista, el efecto más notable.

El espacio del acuerdo social burgués es hoy más problemático que en el comienzo de la aventura militar. Todo vuelve a estar a discusión: la Argentina en el mundo, los ritmos y las pautas de la normalización institucional, la situación en el "partido militar", el orden económico, etcétera. La dictadura hubiera preferido, sin lugar a dudas, discutir sólo los aspectos complementarios, las formas y las cuestiones de detalle, pues las grandes líneas del acuerdo en la Argentina burguesa estaban puestas en la intencionalidad política de la aventura militar, pero su imposición al resto de los actores sólo era posible en el caso de un éxito diplomático-político-militar. Nada de, eso ocurrió; la cuestión se prolongó, el conflicto derivó en un sangriento enfrentamiento militar, la vida golpeó duramente al "proceso" y su filosofía "occidental y cristiana".

El nucleamiento multipartidario, la oposición política burguesa, metida en el mismo barco, toma conciencia de que "todo está en discusión" y tiene un gesto "duro": decide no concurrir a una entrevista convocada por Saint Jean, ministro del Interior, al día siguiente de la rendición. Olfato político y desconfianza: dudaban de la estabilidad del convocante. Pero como siempre, antes y ahora, la constante es la incapacidad para el paso de distancia, la vocación perdedora, la renuncia a una identidad alternativa al poder militar, aun cuando éste se encuentra en el momento más crítico de su historia. Ahí están, para muestra, los Contín y los Bittel; el primero, máximo dirigente de la Unión Cívica Radical (UCR), afirmó, poco después de la rendición: "queremos que la próxima salida sea entre civiles y militares". Pasados unos días insistió en que la Multipartidaria puede concertar un plan político con las Fuerzas Armadas, pero con unas Fuerzas Armadas, conciliadas, consolidadas y unidas". La pequeña mezquindad vuelve a temer por la representatividad y la estabilidad del interlocutor de turno, pero también, y esto es decisivo, no existe salida política para la oposición burguesa sin la participación de los militares. Como antes, como siempre. Bittel, por su parte, aclara posiciones: "el gobierno militar debe elaborar junto a los sectores populares un programa de emergencia que debe ser cumplido hasta marzo de 1984", agregando que "la sangre derramada en el sur debe servir para galvanizar la unidad de los argentinos". Contín-Bittel, distintas palabras, la misma perspectiva; salvavidas para la Argentina de los de arriba.

Bignone, nuevo presidente, convoca a un acuerdo con los partidos políticos, iniciativa que pretende reconstruir lo que las Malvinas y su desenlace rompieron: las bases hegemónicas para una salida económica, política y social de la Argentina burguesa. La Fuerza Aérea y la Armada explicitan diferencias con el ejército —nuevo presidente, plazos para la normalización, conducción económica, etcétera— y se retiran del "proceso", convirtiéndose en alternativa de recambio ante un eventual fracaso de la iniciativa que hoy se pone en curso. La CGT, en sus dos versiones, aunque con diferencias, mantiene claras expectativas en esta marcha sinuosa de la Argentina de los de arriba. Aquí también aparece una constante histórica, siempre dos alas, siempre los más negociadores y los "duros", siempre distintas formas de ocupar, ahora sí, las "zonas grises" entre las dos Argentinas. Los de Azopardo elogiaron la fijación de plazos para la normalización institucional. Los de Brasil levantaron la tregua al gobierno; luego de la "gesta patriótica" y la unidad nacional. Los de Azopardo siempre más próximos al "negocio" por arriba, los de Brasil más a mitad de camino entre el poder y las aspiraciones obreras y populares.

La Argentina opositora en silencio. Luego, su confusa aparición del martes 15 de junio. La misma que pedía paz volvió a hablar en Plaza de Mayo tres días después, cerrando el ciclo Malvinas. La manifestación del 30 de marzo reprimida por la dictadura y la indignación confusa del 15 de junio, también reprimida, ponen entre paréntesis la aventura militar. Una continuidad trabajosamente construida, conservada en medio de enormes dificultades, bajo la presión permanente de la "unidad nacional" y la tregua. Volvió el grito de "Malvinas sí, proceso no" y apareció, intermitentemente, el fantasma de la rendición de cuentas. El "milicos carniceros" que se coreó insistentemente marca el contenido de la rendición de cuentas. Bajo esa consigna "aventura militar" no es sólo la de las Malvinas, es el mismo "proceso", nombre con que los militares designaron esa mezcla de genocidio-extermínio-construcción. "Milicos carniceros" engloba desde los desaparecidos hasta las elevadas tasas de interés, desde la tortura y la represión hasta las míseras condiciones de existencia social del pueblo. Se cuestionan seis años de dictadura militar.

La Argentina intransigente que trazó hilos invisibles, desde la cultura hasta el fútbol, de la fábrica al barrio, anuncia progresivamente su eje de actividad en torno a la rendición de cuentas. Es la misma Argentina que tiempo atrás, en un estadio de fútbol en Córdoba, coreó sin temor "Nicolaidés, Nicolaidés, no te quiere naides", en referencia a quien en aquel momento era Comandante del III Cuerpo con sede en esa provincia y que es hoy Comandante del Ejército. Esa Argentina también tiene memoria.

VIII. ALGUNOS SIGNOS POLÍTICOS DE LA ARGENTINA POSMALVINAS

Conocidos los resultados del descalabro militar sufrido por los "señores de la guerra", es un lugar común afirmar que nada será igual que antes en la Argentina posterior al 2 de abril, pero es el sentido y ubicación de la direccionalidad de los cambios lo que nos interesa rescatar. Uno, muy importante, parece estar dado por el hecho de que el resguardo político que significaba para la burguesía argentina el "partido militar", en tanto partido del orden en cuanta situación de peligro se le presentó en la historia a la vieja oligarquía y hoy a la oligarquía financiera, está cuestionada en su legitimidad como fuerza armada para la defensa de la soberanía. Es este cuestionamiento el que lo compromete en las actuales circunstancias alguna forma de retiro ordenado de la escena política, para seguir jugando el histórico rol de reaseguro.

Decíamos que lo nacional se vinculaba con el belicismo en la iniciativa dictatorial en las Malvinas. En efecto, la guerra fue el pivote sobre el que articularon su ofensiva destructora los artífices del proyecto de 1976 (guerra contra la "subversión", contra la corrupción administrativa, contra la ineficiencia, etcétera). Si algún logro le reconocía el conjunto de los sectores dominantes a los

conductores del "proceso" era el del triunfo, así lo calificaban, contra la "subversión". Como corolario, los medios empleados para ese triunfo no estarían en discusión (no revisar lo actuado) en el diseño de una futura salida política.

Pero los "señores de la guerra" fueron más allá de lo recomendable en su autovaloración y llevaron a una guerra verdadera y a la derrota al conjunto de las Fuerzas Armadas (aunque en la derrota algún sector —Fuerza Aérea, coroneles y generales de brigada— quiera deslindar responsabilidades, reservarse el rol histórico). Han comprometido, en el sentido de debilitar, el peso del "partido militar" en la negociación política en curso y han dejado menores espacios a los sectores políticos burgueses dispuestos a hacer oídos sordos a los reclamos sobre las responsabilidades en los crímenes perpetrados durante la "guerra sucia".

De ahí que una primera conclusión de este análisis del conflicto en el Atlántico sur se refiera al debilitamiento relativo del papel hegemónico que tenían planteado las Fuerzas Armadas en la recomposición de un esquema de dominación política, esquema que debía ser expresión de las transformaciones profundas introducidas en la formación social por el proceso de reorganización nacional. Debilitamiento relativo, en el mejor de los casos, ya que éste puede ser mayor si como consecuencia de la derrota los conflictos sociales penetran en el seno de unas Fuerzas Armadas desarticuladas, hipótesis según la cual se podría pensar en la reedición de los enfrentamientos, en su seno, de los primeros años de la década de los sesentas.

Como contrapartida de la pérdida de legitimidad de los militares, se ensanchó a partir del 2 de abril el cauce que trabajosamente venía abriendo el movimiento obrero y popular, movimiento que el 30 de marzo había dejado de lado la unidad nacional de los de arriba y que había querido ser instrumento en apoyo de la unidad nacional burguesa por la dictadura en la primera fase del conflicto. Los tiempos futuros parecen estar signados por las dificultades para los militares y los políticos que los apoyan, desde dentro o fuera de la Multipartidaria, para lograr el viejo sueño del gran Acuerdo Nacional. Ambos, militares y dirigentes políticos, salen de esta aventura con sus frentes internos maltrechos; los mandos militares cuestionados por sus pares, los dirigentes políticos por los sectores partidarios más intransigentemente antidictatoriales. Para el campo popular se presenta la posibilidad de profundizar esas brechas, continuando su accionar sobre reclamos ya instalados en la escena política, tales como "Paz, pan y trabajo", aparición con vida de los detenidos-desaparecidos", entre otros. La reunificación del campo popular en esta dirección es lo que pretendió desarticular la maniobra malvinense. Con el riesgo de ser puestos en el banquillo de los "traidores a la patria", los sectores intransigentes de los partidos tradicionales, los más combativos de la clase obrera y el movimiento por los Derechos Humanos, se sobrepusieron a la primera etapa de profundo patriotismo y de acusados de "traición" hoy pueden poner en la picota a sus acusadores de ayer, los militares y las cúpulas partidarias tal como sucedió en la movilización del 19 de junio.

Es claro, lo decíamos, la guerra patriótica borraría, según sus mentores, las nefastas consecuencias de la "guerra sucia" y la destrucción; la Argentina con su dase obrera combativa, con su tradición de unidad sindical que facilitaba la unidad popular, autoidentificada en el peronismo, no volverá más. La historia contemporánea no tendría como eje divisorio el 24 de marzo de 1976, sino el 2 de abril de 1982. La muestra de que las cosas no sucederán así, si bien los cambios operados en la sociedad civil y en la política en los seis años son importantes, surge del comportamiento político de la Argentina intransigente. "Galtieri carnicero, usaste a los muchachos como carne de puchero" y "Traidores, solamente son valientes con la gente desarmada", son las consignas que, más allá de la discusión sobre su belicismo, sintetizan la posibilidad de poner en la misma cuenta todos los crímenes de la dictadura y de sus cómplices, cuenta en la que la aventura de las Malvinas es un pasivo más.

Los discursos y los gestos de los actores, sintetizados durante el conflicto, aparecen alineados tras las dos Argentinas, con las obvias "zonas grises". El problema para el campo popular consiste en la ardua

tarea de convertir en alternativa política orgánica al conjunto de fuerzas políticas y sociales que, a pesar de estar posicionadas en la Argentina intransigente, obrera y popular, se inscriben dentro de los grandes partidos, cuyas cúpulas participan del denotado proyecto de "Argentina potencia"; en otros casos, siendo expresión de la resistencia civil, cuyo símbolo más importante son las Madres de Plaza de Mayo, no se proponen como alternativa política y si existen en ese plano es más por el camino de los gestos que por propia vocación. En la confluencia de ese conjunto de fuerzas dispersas parece encontrar la alternativa antidictatorial, y no en la lectura iluminada de los silencios de la clase obrera o en los consejos organizativos de las sectas mesiánicas de siempre.

Conocido es el profundo deterioro social y político en que ha sumido al proletariado la ofensiva desatada en su contra desde 1976; también es sabida la capacidad de resistencia que ha mostrado siempre contra sus opresores, aun estando en el gobierno el peronismo ungido con su voto. Sólo a partir de su experiencia histórica y de su peso social inmediato, oficiará, seguramente de columna vertebrada de la recuperación democrática, en la cual recompondrá sus fuerzas para la tarea liberadora de clase.

México, junio de 1982